

Hermano mayor, Jesús Lupiáñez; junta de gobierno de Nuestro Padre Jesús El Pobre y María Santísima de la Esperanza; alcalde de Vélez, Antonio Souvirón; presentador y amigo, casi hermano, Marcelino Méndez-Trelles; admirado Pepe Salto; hermanos y cofrades veleños; hijos del mar y del sol, herederos de Picasso, fruto de la tierra más culta de la historia de Europa, amigos del alma, ciudadanos del mundo... Buenas noches.

A buen seguro, que esta Jueves Santo habrá luna llena.

La Pascua tiene fecha variable. Desde el Concilio de Nicea, en el año 325, se decidió que la Pascua de Resurrección se celebrase «el domingo después a la primera luna llena que siguiera al equinoccio de primavera (21 de marzo)». Por eso, todos los años, se puede disfrutar de la luna llena en las procesiones.

Málaga entera está en vísperas de primavera. Olores a azahar y a jazmín comienzan a flotar en el ambiente. La ciudad presenta un inusual aspecto.

Calles con más gente. Más llenas. Málaga ya se prepara para rememorar, a su forma y manera, con sus creencias y costumbres, la pasión y muerte de Cristo. Ya mismo es Semana Santa. Los veleños, un año más, van a escribir el quinto Evangelio según ellos; es la Pasión según el sur. La Pasión del sur.

Y en la Axarquía, los almendros en flor reciben la buena nueva. En la vega antequerana, los olivos están más erguidos que nunca. Horquillas preparadas.

Flores abiertas. Mientras, en Riogordo, los habitantes del pueblo hacen los últimos ensayos.

Málaga entera se hace Semana Santa. Sus ciudadanos todos se lamentan de que los siete días coincidan en el tiempo. ¿Y no habrá manera que el Obispado consiga que la Semana Santa de Málaga, la de Vélez, la de Antequera, la de Riogordo, la de Ronda, la de Marbella, la de Campillos o la de los alhaurines se celebren una detrás de otra, que no coincidan siempre? Mira qué mala suerte. Qué bonitas están nuestras ciudades, qué bonita está Málaga, ¡y Vélez! ¡ay Jesús!, qué bonito está todo.

Miles de velas esperan para comenzar su lenta agonía. Arbotantes erguidos, tulipas dispuestas. Varales seguros y hombros preparados. Campanas mudas. El traje ya está encima de la cama. Guantes blancos, calcetines negros. Las medallas. Bocinas limpias, tambores tensos. Flores cortadas, abiertas al viento. Cristos y Vírgenes. Ideas y conceptos. Esperanzas y miradas al cielo, que ya estamos listos, ¡a ver qué tiempo hace!

Pequeños y grandes, viejos y jóvenes, mujeres y hombres. Veleños seguidores de una tradición tan antigua como nueva. Han pasado veinte siglos. Las angostas calles de Jerusalén se transportarán, en el tiempo y en el espacio, a orillas de un Mediterráneo que contempla la cultura de una tierra y una gente. Habrá, una vez más, quien desentone. Como siempre. Pero ni aquí ni ahora nadie podrá entrar en discusiones bizantinas. Aquí se va a escribir el quinto evangelio, según Vélez-Málaga. Ni de una forma ni de otra. Ni ortodoxos ni heterodoxos. Es como se quiso que fuera. Ni de una ni de otra forma. Vélez está en primavera y ya ha dipuesto, un año más, su Semana Santa. Va a vivir su Pasión del Sur.

Tronos más grandes, imágenes más bellas. ¿Cabe pensar ahora en que hay otra forma más hermosa de pasear a Cristo y a su Madre que con el paso típico de esta tierra? ¿Han visto ustedes cómo se mueven las barras del palio? ¿Han oído el crujir de los varaes?

Hay que ver una noche cualquiera. El inmenso templo que es el cielo de esta tierra lleno de estrellas dispuestas como si fueran bordadas a mano. Hay que ver a ese Cristo muerto en la cruz al paso por las calles. Y a la Virgen que llora. ¡Silencio, que Cristo, el Hijo de Dios, ha muerto! ¡Pero qué pueblo este! Hay silencio, sí, pero también bullicio. Veleños aventajados, ¡que sabemos que va a Resucitar! Por eso también hay alegría. Pero hay que verlo.

Hay que verlo...

«Lo bello es lo que visto agrada», dijo Santo Tomás. Y es que, como refería San Agustín, «lo bello viene de Dios y nos lleva a Dios». Así, pues, el arte, la belleza de la estética nos abre hacia valores superiores. Así, pues, un icono, una vidriera, una pintura o una escultura, con su simbolismo y su lenguaje de formas y colores armónicos nos facilita el acceso a lo trascendente y a lo infinito, que no pueden expresarse con otro lenguaje. El Concilio de Trento daba un mensaje de ánimo a los artistas para que 'colaboraran con la fe' al tiempo que los felicitaba y mostraba su gratitud porque ellos habían «convertido en visible el mundo invisible».

El Concilio cuarto de Constantinopla (869) puso fin a una polémica que surgió en el seno de la iglesia católica desde sus orígenes quizás debido a los antecedentes de la prohibición que los libros del Antiguo Testamento hacía de los ídolos, consecuencia directa de la predilección del pueblo de Israel por ellos. El referido concilio, y posteriormente el de Trento, se mostraron partidarios de las imágenes. «Deben conservarse las imágenes de Cristo, la Virgen y los Santos y tributárseles el debido honor y veneración,

no porque se crea en ellas alguna divinidad o virtud, por la que haya que dárseles culto, o que haya que pedirseles algo a ellas, o que haya de ponerse la confianza en las imágenes, como hacían los gentiles, que colocaban su esperanza en los ídolos; sino porque el honor que se les tributa se refiere a los originales que ellas representan», dijo el Concilio de Trento. La Iglesia había hecho una clara opción por la presencia de las imágenes sagradas en sus lugares de culto. Frente a una cultura y religión judía, que concede la primacía a la palabra, evitando toda imagen, el cristianismo ha preferido seguir el camino de la cultura griega, que privilegia el lenguaje de la vista. La Iglesia, pues, 'ha apostado' por el elemento visual y utiliza el arte con unos fines muy concretos: decir lo que quizás algunos no comprenden. Como también refirió Santo Tomás: «Mostrar lo que no se ve para que se vea».

Lógicamente, la plasmación de Jesús y María en esculturas e imágenes no podía ser de otra forma, más aún aquí, en Vélez, en Málaga, en Andalucía, donde además la estética cuenta con un aliado esencial que tanto significa en el mundo cofrade: el barroco.

Tenemos a Jesús El Pobre portando la cruz por Vélez-Málaga. Calles llenas.

Silencio en el alma de la noche que cantara Machado, aquella noche de primavera con olores a jazmines y a azahar. Desde el Domingo de Ramos, tenemos a Jesús con la cruz auestas, a Jesús el Nazareno por las ciudades de Málaga arriba y abajo, en su peregrinar en sus tronos barrocos.

... Un trono, el trono. En el simbolismo asiático, el trono es el término intermedio entre el monte y el palacio, de un lado, y el tocado de otro, siendo todos ellos variantes de una misma familia. Son signos de síntesis de unidad estabilizada. En el sistema jeroglífico egipcio, el trono integra como signo determinante los conceptos de soporte, enaltecimiento, equilibrio, seguridad...

También hay una simbología malagueña a la hora de intentar definir qué es un trono. En esa simbología cofrade veleña y malagueña, el trono es el altar mediante el cual acercamos al cielo a nuestros Cristos y a nuestras Vírgenes. El trono es el instrumento mediante el cual nos servimos para pasear a nuestros Cristos y a nuestras Vírgenes por nuestras calles. El trono es donde ha de encumbrarse a los Reyes, y nosotros encumbramos al Rey de Reyes, a la Reina de las Reinas. Donde va vuestra Virgen de la Esperanza, Madre de Dios, Madre nuestra, señora de Vélez, Princesa de la Axarquía, Reina de Málaga, estrella de los cielos, luna llena de belleza, plenitud verde esperanza, verde que te quiero verde, verde es la sangre que recorren mis venas, alma color verde, corazón verde.... Verde es el color del

romero y de las plantas que brotan de la lluvia que cae del cielo, que son las lágrimas de vuestra Señora, de vuestra Virgen, que va detrás de Jesús El Pobre, que es el más rico de todos. Sois la esencia de la Vélez cofrade.

Sois el respirar de una tradición y de una vida bajo el peso de la cruz de la Historia, renovais el espíritu que creó esta tierra, sois la simiente para el futuro... ¿Y seguía al Pobre? Para nada, seguís al más rico, al más valioso, a la figura más auténtica, la que nos enseña el camino de verdad, el de la vida que triunfa sobre la muerte, el de la Esperanza de vuestra Madre... Suena un clarín, el himno de España comienza a interpretarse, y Jesús El Pobre nos bendice. Atrás, su Virgen de la Esperanza bajo la alfombra del romero que recogen sus penas cuida que nadie quede atrás en ese largo paseo por la vida. ¡Loor y gloria cofrade, hermanos veleños!

Pero, además, nuestros tronos tienen unas características especiales que no sólo se concretan en sus dimensiones, mayores que los de otros lugares y ciudades, sino en su estilo, en su forma. El barroco es una forma de arte que surgió como expresión de una forma de sentir y de interpretar la vida.

Por eso, los tronos barrocos malagueños son una forma de sentir, de interpretar la Semana Santa, la Semana Santa veleña. El Nazareno carga su Cruz con todo un pueblo pendiente de él. Todos dispuestos a intervenir si hace falta, y si no lo hacen es que conocen el final. Bien está lo que bien va a acabar, aunque se pasen momentos malos.

Cristo es una sombra rodeado por sombras en el cuadro de Denis. Son manchas negras que avanzan. Por contra, el Nazareno del cuadro del Bosco es un verdadero Cordero de Dios que avanza entre caricaturas, esperpentos. La versión de San Juan es la que más se ha representado en ese camino de infinita amargura en el que el Rábbi aceptó en su cruz de la de todos y la de todos los tiempos.

Como ha señalado Louis Réan, es a fines de la Edad Media cuando aparece la devoción del vía crucis, fomentada por los franciscanos, y que se basaba en las caídas de Jesús abatido por el peso del madero. El camino de la amargura quedó dividido en unas estaciones místicas que el Pseudo-Buenaventura y Santa Brígida reconstruyeron con la imaginación como si ellos hubieran estado presente. Estas estaciones se representaban en los misterios y los artistas recrearon estos cuadros vivientes en las paredes de las iglesias y en los vía crucis de las laderas que los peregrinos recorrían de rodillas como la Escalera Santa de Milán.

Al principio fueron siete estaciones, luego doce y finalmente catorce, aunque ahora son quince, que con esto pasda como con los estudios, que nunca sabe uno si su hijo está en EGB; en ESO, en Primera, en BUP o en

FP... Las figuras de Bosco tienen los ojos saltones, aparecen desdentadas y simbolizan todos los vicios. La más famosa representación de Nazareno en la pintura es el Pasma de Sicilia, de Rafael, en el que la Virgen se desmaya ante la visión de un hijo que avanza de rodillas. Bruegel desarrolla una magnífica panorámica en la que Jesús se pierde con la cruz tras una densa multitud.

El Barroco destacó los componentes patéticos de la escena para mover la emoción del que Tintoretto es un magnífico ejemplo con un esquema en diagonales de manera que el camino parece interminable por el uso de planos muy inclinados.

Dicen que el camino del Calvario se hizo eterno. Eterno y hermoso es el camino que hace vuestro Cristo, vuestro Jesús El Pobre. Maratón cofrade de más de seis horas con un Cristo cargando la cruz ensimismado a un barrio que fue uno de los orígenes de esta ciudad de Vélez, cada vez más grande, cada vez con más gente, pero cada vez más vuestra. Vamos arriba y vamos a abajo, por aquí y por allí, cruz cargada entre momentos de singular significación de los nuevos tiempos...

La Semana Santa existirá mientras bendiga a la tierra y al mar desde el alto bordo de su trono, dulce y hermoso Jesús Nazareno del Paso, joya franciscana y varón supremo de todos los dolores. Ni sangre ni corona ni potencias; un mechón que se quedó pegado en este sudor infinito de la noche, un mechón que el relente no se atreve a separar. La túnica barroca la singularidad de su porte. El pueblo, todo, espera la maniobra perfecta para que el tiempo vuelva a detenerse en un reloj imaginario con granos de arena que son sus hijos de todos los siglos, esos hijos que están aquí y ahora de alguna manera misteriosa. Suena el clarín y algo mágico se produce: la bendición de Jesús a Vélez.

Según Marcos, llevaron a Jesús al Gólgota y le ofrecieron vino con mirra pero él no lo aceptó. Lo crucificaron y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte para ver lo que se llevaba cada uno. En la tablilla está escrito el que era el rey de los judíos. La multitud injuria y lo incita a que se salve si tiene tanto poder. Al final la frase más humana: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». San Juan narra que a Jesús no le quebraron las piernas pero le traspasaron el costado y de él salió sangre y agua.

En un principio no se representó a Cristo en la cruz sino por medio de símbolos. Desde el siglo VI aparece sobre el madero, pero vivo, pues lleva los ojos abiertos; además es un crucificado victorioso que porta una diadema. Desde el siglo XI ya se representa muerto, con los ojos cerrados y la cabeza caída. Pero Jesús El Pobre aún no ha sido crucificado. Chorrea de sangre los viejos caminos que llevan ya más de 500 años siendo

protagonistas de una escena que en la Pasión según Vélez consigue momentos de una singularidad súper especial, cargada de momentos y de sentimientos.

¡Quisiera cargar con tu cruz!,
besar por dónde cayeras
armar la vida entera
con tu infinita bondad.

¡Jesús El Pobre que vas por Vélez!
recorres mi corazón
tus ojos perdidos en mi alma
quisiera cargar con tu cruz,
sanar tus heridas enteras,
arrancar tus espinas hundidas...
¡Nazareno que vas por Vélez!
No hay Gólgota para Tí,
ni este camino es el Calvario,
que vas por las calles y yo corro hacia Tí.

¡Quisiera cargar con tu cruz!
ayudarte de forma sincera
Jesús, que vas por Vélez,
¡niños, vamos a esconder los clavos,
para que nadie te clave, Nazareno!

Cirineo es un buen tipo, pero tampoco hace mucho. Está allí cumpliendo un momento, pero nadie de verdad mete el hombro. Por eso, en Vélez, se decidió en nombre de Dios sin tomarlo en vano que había que meter el hombro con fuerza con ese Cristo que porta una pesada cruz pero que con el apoyo de la gente de su tierra es mucho más ligero. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria, Jesús El Pobre. La Virgen Patrona de los Remedios te cobija con el mandato de su pueblo para abrir las puertas de ese cerro histórico, esquina de la primera Vélez-Málaga cristiana, para desde allí comenzar el recorrido que nos llevará a la triunfal resurrección. Pasión por ahora, que después llegará el alivio, alivio de una ciudadanía que revienta las calles en una noche majestuosa cargada de señorío, donde los barrios se entremezclan con el centro en una perfecta simbiosis de unión de culturas y herencias, de tradición y sentimiento, de sentires y de corazones...

Es el Nazareno quien marcha entre los sordos tambores en su trono con la ayuda de la Vélez-Málaga cofrade, que ya ha vivido momentos de estremecimiento. Se estremecen las entrañas de la tierra cuando recorre vuestras calles con la solemnidad y el respeto de un momento cargado de situaciones tan diversas que apabullan en una estampa que conforma un momento inigualable. Noche de Jueves en una Semana Santa que ya está cargada de momentos estelares. Pasiones por ese Jesús que va camino de la muerte para demostrarnos cómo se debe ir por la vida, cómo hay que mirar al frente, cómo hay que dar a los demás, cómo hay que ser mejor en cada momento, y cómo es mucho más hermoso cargar con la cruz que no hacerlo, o sea, que es mucho más hermoso dar que recibir.

Llevas el trono con tu alma aunque sólo sea tu hombro lo que se pega al varal... Están tus fuerzas volcadas en un alma que es la que hace de motor de un cuerpo que cargado de sensaciones se estremece en los momentos más variados y singulares del recorrido. Imaginemos el camino de Jesús El Pobre por el Calvario. Si a nosotros nos afecta un desnivel del asfalto, pensemos en ese hombre Hijo de Dios todopoderoso cargado hasta la extenuación por un camino de tierra repleto de guijarros y de piedras, de hoyos y charcos...

Por ese camino que se empina conforme se acerca al Gólgota marcha Jesús Nazareno con su mirada perdida y el aliento exhausto, hombre sin fuerzas que entrega su vida... Pues imagínate, hombre de trono veleño, cómo hay que sacar las fuerzas de flaqueza para llevar el trono, para hincar el hombro, para ayudar cual Cirineo a ese Jesús El Pobre veleño que ha salido de la entreña de esta tierra para que llegue a su destino. Bendito camino por Vélez con los hombros cargados por ese Cristo que nos indica el sentido de la vida. Cofrades veleños bajo el trono, con el rostro desencajado, el corazón encogido y el sentimiento de ir cargando con la pesada losa de una enorme Cruz que sin embargo se hace con la ilusión de quien sabe que hace lo correcto...

Miremos al cielo estrellado. Jueves Santo por la noche. Centro de Vélez-Málaga repleto de gente. Jesús Nazareno, el de la Esperanza, pasa. Silencio. Tambores roncós le aclaman. Dios te salve, Jesús, Dios te Salve...

Estás ¡mira, mira! ¿Los ves? Están todos. Todos han salido a verte. Capuchinos brilla más que nunca. Jesús cae pero va a recuperar su figura, detrás, su Madre Virgen, pendiente de su Hijo...

La Reina de la madrugada llora pero va tan hermosa... Es bella, es reina, es madre, es Virgen, es mujer, es veleña, y la gente está enamorada de Ella.

Ya estás llegando. Es la hora del encierro. La multitud se agolpa para decirte hasta luego. No hay cientos ni miles, hay solo un pueblo. Nada más

y nada menos que un pueblo, un pueblo enamorado de su Cristo y de su Madre.

Suenan las campanillas, redoblan con más fuerza los tambores, las cornetas resuenan al aire y hay cantos de saetas. Calles repletas de romero. Olores inconfundibles, velas abiertas, cera derramada... ¡Yo te bendigo en nombre de Dios!, dice el Hombre. Ese Jesús El Pobre, verde Esperanza ilusión de un pueblo. Y os bendice con el corazón lleno de vida, y vosotros os arrodilláis, ante la luna llena, y véis cómo su mano se mueve. El cielo se tiñe color burdeos como la túnica de vuestro Cristo, como si se fuera a partir en dos... Es el momento culmen, el más intenso, el punto álgido de la visita que cada año realizan Jesús y María a sus hijos veleños.

Mirándote fijo, ante tus ojos infinitos, resuenan aquellos versos de Ángel Ganivet, aquellos que decían:

¡Oh amor divino, ten de mí piedad,
muestra tu caridad
con el que en tierra se postró de hinojos; rompe esta oscuridad, haz que un rayo del cielo abra mis ojos!

Jesús no se va a caer porque Vélez no lo va a permitir. Se va a apoyar en un pueblo cargado de Historia. Es Jueves Santo. Más de 500 años de vida contemplan vuestra Cofradía. Historia misma de Vélez. El barrio donde nació vuestro Cristo Nazareno se ha engalanado para ver a su vecino más ilustre que busca en el horizonte la ayuda que va a recibir por quienes se han acercado a sus pies. Es la tierra nuestra, entusiasmada entre clamores de alegría. Curioso pueblo éste, pero sabio como ninguno. ¡No ha caído, no ha caído... Jesús no ha caído...! Y la frase corre de boca en boca, porque sigue con su cruz a cuestas y lo hará de la mano de su barrio, de su pueblo, de su gente, que sentirá cómo su corazón se acelera, cómo su sangre altera las venas, cómo la ilusión se renueva...

Y sentirán todos. Sentirán los hombros, doloridos. Sentirán los pies, cansados y polvorientos. Sentirán las gargantas, enronquecidas. Sentirán las manos, encallecidas. Sentirán los oídos, tapados. Sentirá el alma, rasgada... Y sentirán escalofríos por los cuerpos humanos al ver a Cristo camino de la muerte.

No hay nada como la libertad. El ser humano sólo es ser humano si goza de la libertad. Desgraciadamente, en este mundo no es algo que sobre. Por eso, la noche en la que la figura del Nazareno avanza calles abajo y arriba entre las emociones de sus hermanos y de muchas personas más, tiene un

perfil distinto. Nos va a dar la bendición. Una bendición que nos hará más libres. «¡Libertad, libertad!», el ansia por recuperar una vida normal. Lo habitual se echa en falta cuando no se tiene. La libertad nos parece algo muy simple; sólo cuando nos falta es cuando uno se da cuenta de que la vida sin libertad no es nada. Y Jesús nos libera a todos. Nadie le obliga. Pero Él lo hace.

Vosotros, cofrades veleños, habéis sabido mantener una manera de ser y de expresarse, un sentimiento íntimo, una solera sabia e intemporal. Es la forma en sí de esta estética cofrade tan de aquí, personal e intransferible, mezcla de lo propio y de lo ajeno, pero también es una forma de entender la vida, desde una cultura mediterránea, desde la forma de vida del sur. Pasión del sur, sin duda.

Es barroca y sencilla. No hay ecuaciones complicadas. Aquí, en esta sencillez, está la verdadera raíz popular, el sentimiento colectivo, el extraño mecanismo que hace de la vuestra una de las cofradías más representativas de Vélez. Seguramente es la estética, la originalidad del trono, las tónicas de color vivo; es el conjunto sin duda y es la historia no sabida pero que flota en el aire del Jueves Santo, el día en el que el sol se saca brillo.

Yo desde aquí, de desde esta tribuna, os pido que mantengáis vuestras tradiciones, que las cuidéis y las conservéis, que las tratéis con mimo...

que cada cuatro años le pongáis el más hermoso manto de flores a la Reina veleña, que sigáis echando el romero, que mantengáis las bendiciones, que entreguéis el testigo a vuestros hijos, para que a su vez estos se los den a vuestros nietos, y así hasta los confines del mundo...

Va camino del Gólgota, y el cuerpo de ese hombre Hijo de Dios ha vuelto a caer... Son caídas agónicas, preludio de la muerte esperada y deseada por quien ha decidido hacerlo así para traer la Salvación y cumplir con lo mandado por el Padre. La gente revienta las calles de Véleza para ver a ese Nazareno inmenso de gloria y corazón. Poderosa figura que llena el espacio, poderosa imagen que hace tragar saliva para evitar los nudos en las gargantas...

Es la noche del Jueves Santo, la de los Nazarenos en Vélez, y el gentío es inmenso allá por donde vayas. San Francisco será una fiesta como llegada del mar entre olas y cabriolas para despedir y recibir a su Cristo y a su Virgen entre sonar de tambores y la luz de las propias estrellas, manto inmenso en la primavera malagueña a la que cantara Machado...

'y nadie sabe como ha sido'.

Se sabe, sí. Se sabe la primavera, se sabe a Jesús Nazareno, entre aplausos y vítores, con un barrio capuchinero, germen de la Vélez-Málaga del XXI, reunido en torno a su propia esencia.

El Señor de Vélez va camino de la muerte con su cruz a cuestas, perdidos sus ojos en el infinito. Y la Vélez cofrade sigue a Jesús El Pobre en su deambular por sus calles y plazas en medio de un enorme gentío y de un clamor popular sin límites. Y sus ojos se te clavan en el corazón, y sólo mirarlo una se da cuenta de que es inocente, pero que, además, ha decidido morir por todos nosotros.

No puede más... Vacila... Los divinos
pies destrozan las piedras y matojos.
Y la sangre corriendo, hasta sus ojos,
borra un momento todos los caminos.
En torno, al verlo vacilar, se aterra
la multitud... Oculta el horizonte
espesa niebla. Se estremece el monte
y gimen las entrañas de la tierra.
Cayó. Todo se abate en su caída...
El cielo, al ver su gloria así rendica,
a derrumbarse va sobre la agreste
inmensidad vencida y desolada...
Pero Él clava en la altura su mirada
¡y sostiene la bóveda celeste!

(Manuel Machado)